

Bien podéis figuraros el asombro de aquellos naturales al ver que el invencible caudillo baja del caballo, se despoja del bruñido casco, cae de rodillas y procura en vano besar la mano al Padre, teniendo que contentarse con que toquen sus labios la orla de la desgarrada vestidura del humilde fraile. Aun en este nuestro siglo de las luces, hace pocas semanas, la solemne visita del Emperador de Alemania á Nuestro Santísimo Padre el Papa, ha hecho una impresión en extremo favorable en el mundo entero y ha movido aun á los infieles más prevenidos, á formarse altísima idea de la potestad del Sumo Pontífice y de la Religión Católica, que así atrae á los más poderosos monarcas. Si de tal manera se ablandan nuestros pechos orgullosos, aun en este siglo XX tan escéptico, ya podéis figuraros qué influjo irresistible no ejercerían esos actos de humildad, practicados por sus conquistadores, en los sencillos ánimos de los vencidos mejicanos.

Uno de los mayores obstáculos en el Oriente, es ese sentimiento de superioridad que anima á los asiáticos, aun en el momento de aprovecharse de los más preciosos descubrimientos debidos á los europeos. Con los naturales de Méjico sucedía precisamente lo contrario. Al respeto ingénito que siente toda nación ó individuo hacia el enemigo que lo vence, no porque la fortuna ó los azares de la guerra vengan en su auxilio, sino por la superioridad de sus armas, de su destreza, de su habilidad y de su estrategia, se unía en los antiguos mejicanos la supersticiosa convicción de que los europeos

eran los hijos del cielo, cuyo arribo habían predicho hacía tiempo sus oráculos. El verlos, pues, humillados y aun, de vez en cuando, castigados por los misioneros, debe haberles hecho concebir la idea que estos eran los Dioses mismos, y que era fuerza rendir ante aquellos seres sobrenaturales no sólo los cuerpos y las armas que ya habían puesto á los pies de los conquistadores, sino sus mismas almas, su entendimiento y su fe.

Por otra parte, estaban muy lejos de tener las preocupaciones de los orientales. No se consideraban nietos del Sol ó de la Luna, ni creían que la muerte transformaba á sus padres, ó á ellos mismos, en divinidades. Al contrario, sabían, y se les hacía sentir á cada instante, que eran simples mortales, expuestos á ser inmolados al cruel Dios de la guerra, en la sangrienta piedra que se elevaba en su gigantesco templo, siempre que pluguiera á sus Señores aplacar su Deidad, ó fuese adversa la suerte de las armas á la tribu á que pertenecían. Sus sacerdotes, harto diferentes de los Pontífices Budistas ó de los bonzos del Japón, sabían más de anatomía que de achaques teológicos; y mientras que mostraban una habilidad admirable en arrancar el corazón palpitante á las víctimas humanas, ya abriéndoles el pecho, ya desgarrándoles la espalda con el cuchillo sacrificador, no tenían argumentos que oponer á las doctrinas que explicaba el predicador misionero ó el apóstol soldado.

Tenían también ellos una especie de agua lustral que purificaba al recién nacido, no muy diferente de la que

nosotros derramamos en la fuente bautismal. Tenían ritos que algo se parecían á la confesión y á la comunión, una idea confusa del misterio de la Trinidad, de un Mesías nacido de una Virgen, del Diluvio y la torre de Babel; y aun la señal de la Cruz no les era del todo desconocida. ¿Eran estas meras coincidencias, ó se había predicado el Evangelio á sus antepasados? Algunos juzgan que Santo Tomás Apóstol no se limitó al continente Asiático, sino que extendió sus excursiones Evangélicas hasta nuestro Mundo Occidental. Otros piensan que las primeras emigraciones del Asia á nuestras playas se verificaron después de la predicación del Evangelio; y que así los primeros pobladores trajeron consigo la simiente, aunque adulterada, de la doctrina cristiana.

Sea de esto lo que fuere, los misioneros hallaron en los naturales almas y corazones bien preparados para recibir su enseñanza; y en los soldados y colonos, cualesquiera que fueren en el mundo sus negocios ó empleos, inmejorables auxiliares en sus trabajos evangélicos. A cada uno se *repartía* un cierto número de indios, no sólo para que fueran sus siervos ó criados, sino principalmente para que fueran sus aprendices en todas las artes de la vida civilizada, y sus discípulos en el seguimiento de Jesucristo. Por supuesto que la humana fragilidad más de una vez puso obstáculos á esta piadosa empresa, impuesta á los conquistadores por el Papa y los Reyes de Castilla; pero, en lo general, los españoles tenían plena conciencia de su digni-

dad de apóstoles y, con más ó menos fruto, cumplían con el deber de evangelizar á los aborígenes.

Poco importaba, pues, que los naturales entendieran ó no los primeros sermones, ó que alcanzaran á comprender el pleno significado de los cuadros que representaban los misterios de nuestra Religión. Todo esto se les explicaba luego en su domicilio por sus amos y señores primero y, algunas semanas más tarde, por sus propios hijos. Éstos se entregaban á los misioneros, quienes los albergaban en edificios contiguos á los conventos ó casas de misión; se les instruía en la doctrina cristiana y se les enseñaba lectura, escritura, música, canto y toda clase de artes y oficios. Así es que una verdadera legión de catequistas se formaba en estas escuelas, y ellos se convertían en maestros de sus propios padres y parientes, y en celosísimos auxiliares de los frailes. Así es como podemos comprender esa administración *por mayor* del sacramento del Bautismo, que tanto lastima nuestros oídos modernos. Cuando leemos que millares y miriadas se bautizaban en un día, nos inclinamos á creer que los españoles del siglo XVI habían aprendido de sus vecinos mahometanos la conocida máxima: «cree ó muere.» Y sin embargo, no era así. Todos aquellos millares de catecúmenos pedían espontáneamente las aguas del Bautismo, y no hubo una tribu, una familia, un individuo á quien se forzara á entrar en la Iglesia.

Por supuesto que siendo tan numerosos los neófitos, no podemos esperar que todos y cada uno adquiriesen

un conocimiento perfecto de todos los artículos de la doctrina cristiana. Este venía poco á poco, porque jamás se omitía la predicación á los adultos; y para los jóvenes, nuevas escuelas y colegios se abrían todos los días. Se llevó á cabo este sistema, no sólo en la capital y sus alrededores, sino en toda la extensión del territorio. Por dondequiera que avanzaba una compañía de soldados, iba acompañada de pacíficos colonos y de una multitud de indios ya civilizados y convertidos al Cristianismo, acaudillados por misioneros que, no sólo edificaban Iglesias, sino escuelas; y eran no sólo predicadores, sino pedagogos.

Los Franciscanos no eran ya bastantes para tareas que iban siempre en aumento. Vinieron los Dominicos, y escogieron el Sur para teatro de su actividad y centro de sus apostólicos trabajos. Después llegaron los Agustinos y marcharon rumbo á Occidente. Eran éstos, en su mayor parte, varones doctos y profesores distinguidos; y no satisfechos con crear escuelas primarias, fundaron un colegio para estudios superiores en Michoacán, del cual salieron, más tarde, muchos de los Doctores más famosos que dieron lustre desde su nacimiento á la Universidad de Méjico. El Orden de la Merced, á uno de cuyos miembros, el Padre Olmedo, hemos visto acompañando á Cortés en sus batallas y conquistas, se apresuró igualmente á tomar la parte que le correspondía en las labores espirituales. Por último, la Compañía de Jesús envió poderosos refuerzos de Padres y Hermanos que, dejando el cuidado de los

indígenas á otras congregaciones, se consagraron á la educación de los hijos de los españoles.

Lo que, con moderna expresión, podemos llamar *el sistema de la puerta abierta*, es decir, la libertad para todos los órdenes religiosos de predicar el Evangelio dondequiera que se necesitaban sus servicios, rivalizando entre sí en celo, actividad y virtudes evangélicas, fué utilísima en el Nuevo Mundo, y llevó á cabo la empresa de su conversión. En el Oriente se adoptó desde el principio y se sigue hasta el día de hoy, el sistema opuesto. El Japón se entregó á la compañía de Jesús, y los Franciscanos y Agustinos que substituyeron á los Jesuitas y derramaron su sangre por Cristo, tuvieron que vencer un mundo de dificultades para que se les permitiera trabajar en esa porción de la Viña del Señor. Actualmente, la Sociedad Parisiense de las Misiones Extranjeras tiene el monopolio de la evangelización en aquellas islas. Nadie más que los Lazaristas (ó Paulés) puede trabajar en Pekín; ninguno, fuera de los Dominicos, en otras provincias de China; y la misma política de exclusión prevalece en todas las Misiones Asiáticas, con excepción de las Filipinas.

No pretendo reprobar, ni consideraría lícito censurar este *sistema proteccionista* impuesto por la Santa Sede no sin razones poderosísimas. Pero bien puede el historiador llamar la atención sobre los resultados de una y otra táctica, y comparar entre sí los efectos de dos principios diametralmente opuestos. El Continente Asiático aun no se ha convertido en el siglo XX.

A fines del XVI la Iglesia estaba ya organizada en Méjico.

Es inconveniente en un discurso rápido aducir números, cifras y fechas, cuyo lugar á propósito está en libros y opúsculos. Para el oído es difícil percibirlos, la memoria se niega á retenerlos, y la atención muy presto se cansa. A pesar de estos principios, me veo obligado á suministrar á vuestra paciencia una ligera dosis de cronología y estadística. Es indispensable para la plena inteligencia de la labor y actividad de la Iglesia en el Nuevo Mundo; y si hubiera simplemente de referiros á los libros y fuentes originales, sería imponeros una tarea todavía más pesada é ingrata.

En 1521 la antigua Capital de los Aztecas fué tomada por asalto y arrasada por los conquistadores españoles. No muchos meses después, la moderna ciudad de Méjico se había ya edificado en escala mayor, aunque en el mismo lugar poco propicio. En 1521 se abrió junto á la Catedral el *Colegio de Infantes*; en 1529, el de San Juan de Letrán, y en 1533, el de San Pablo. En 1544, se fundó el Seminario Tridentino. En 1551, el Emperador Carlos V firmó el decreto para la erección de la Universidad de Méjico, que se abrió en 1553 con un cuadro completo de doctos profesores y un gran número de alumnos. En 1575 los Jesuitas fundaron el renombrado Colegio de San Ildefonso, y los Agustinos otro Ateneo dedicado á San Pablo. Por este tiempo, una multitud de niños indios y españoles frecuentaba ya los colegios de San Ramón y de Jesús

y un gran número de escuelas de primeras letras. En 1584 un nuevo colegio para aztecas surgió en la ciudad de Tlaltelolco, y diez años más tarde (1594) la capital contaba ya cuarenta y dos conventos bien poblados de religiosas de ambas razas.

Por este tiempo, fuera de la capital, y en todo el territorio de Nueva España, que comprendía no sólo la actual República Mejicana, sino grandes territorios al Norte y al Sur, hallamos que había ya diez Obispos además del Arzobispo, cada uno con su respectivo Cabildo, con su Seminario y varios colegios y escuelas. No obstante las enormes distancias que los separaban y el modo tan imperfecto de viajar, se habían reunido ya tres veces en Concilio Provincial. Llegaba á cuatrocientos el número de conventos, y había cuatrocientas parroquias confiadas al clero secular, sin contar con las Iglesias y capillas de segundo orden, que podían ser unas cinco mil.

Parece increíble el número de infieles que fueron bautizados durante estos ochenta años de maravillosa actividad; y los historiadores no católicos rehusan prestar su asentimiento á los autores religiosos que nos dan el censo de las almas ganadas á Jesucristo. Pero, ¿qué motivos tenemos para poner en duda la exactitud de los apuntes particulares del Padre Motolinía, los cuales manifiestan que él solo bautizó á *cuatrocientos mil* con sus propias manos? ¿Por qué no hemos de creer que los Franciscanos bautizaron *un millón* en los primeros cuarenta y ocho años de sus apostólicos traba-

jos? ¿Qué razón hay para contradecir al Obispo Zumárraga, quien estampa las mismas cifras en una carta dirigida al Capítulo de su Orden desde 1532? ¿Podemos desmentir al historiador González Dávila, quien más tarde afirmaba que los Franciscanos y Dominicos habían bautizado hasta entonces *diez millones y medio*; y que en este número no incluía la multitud de infieles bautizados por las otras órdenes religiosas y por el clero secular? Era, en verdad, abundante la mies; y no exageraba por cierto el primer Obispo de Puebla, cuando, en su famosa carta á Paulo III, afirmaba que desde los tiempos apostólicos no se había abierto un campo más vasto para los operarios evangélicos.

Antes de concluir, permitidme hacer un resumen de las causas de un éxito sin igual en la historia. Si la cultura Romana precedió la predicación del Evangelio en el antiguo Mundo, la civilización española acompañó la propagación del Cristianismo en el continente Americano: ni uno ni otro hubo lugar en el extremo Oriente. En los tres primeros siglos después de Jesucristo la Iglesia marchó sola y sin protección; pero sangrientas persecuciones detuvieron su avance, y sólo después de la conversión de Constantino pudo ella triunfar y asegurar su soberanía. Aquí los conquistadores y los Reyes de Castilla se presentaron no sólo como protectores, sino como sus siervos y ministros y, por tanto, la Religión se propagó sin sangre, sin persecución, sin martirios. En México, el primer cuidado de los misioneros era transformar á los indios en

auxiliares, como catequistas primero, y luego como sacerdotes y frailes. Esto se descuidó en el Japón especialmente, en donde los sucesores de San Francisco Javier no formaron un clero indígena, y por esto se arrancó de cuajo el Cristianismo al estallar la persecución. En la Nueva España, con la Religión vino la libertad; se abolieron los sacrificios humanos; se substituyó la servidumbre azteca con un régimen más benigno, á pesar de uno que otro acto de crueldad, y el cielo pareció abrirse para los esclavizados aborígenes. No así en el Oriente, donde, como afirmamos al principio citando á escritores contemporáneos, el Cristianismo se mira de reojo, como una secta extranjera, inferior y despreciable, y esto hace que esté muy lejos el día en que aquellas decrepitas naciones abran los ojos á la luz del Evangelio.

A todas estas causas hay que añadir la singular protección de la Reina de los Cielos, que siempre ha dado pruebas de ser *Auxilio de los Cristianos*, y en todos tiempos ha probado que es la Madre no sólo de Cristo, sino de todo el género humano, y en especial de los vencidos aborígenes. Ella escogió, primero en Méjico y más tarde en el Perú, en Colombia, y en cada una de las colonias españolas de la América Meridional, santuarios favoritos donde se le ha tributado incesante culto, y donde, desde la época de la conquista hasta nuestros días, se ha complacido en derramar sus gracias y señalados favores, y en dar pruebas manifiestas de su milagroso poder é intercesión.